

Retos de la profesionalización de la sociología en contexto de crisis

Challenges to the Professionalization of Sociology in a Context of Crisis

PAULO MACHADO

PhD Sociología del Cambio Social por la Universidade Nova de Lisboa
Vicepresidente de la APS (bienio 2012-2014)
pmachado@fcsh.unl.pt

Es importante comenzar por afirmar que la cuestión del empleo de los jóvenes sociólogos ha constituido una preocupación delicada por parte de los dirigentes de la APS desde hace mucho tiempo, como admitimos que ocurra en España, en cada una de vuestras asociaciones y federación nacional.

En Portugal, todos los años, y desde principios de los años ochenta, muchas centenas de jóvenes, mayoritariamente del sexo femenino, terminan sus licenciaturas en Sociología y procuran integrar el mercado de trabajo. Estamos hablando de un conjunto de diplomados que ha ido creciendo y que será hoy aproximadamente 13.000 personas.

En junio de 2011, fecha de referencia de los últimos datos conocidos, estaban registrados como desempleados en el Instituto de Empleo y Formación Profesional 625 individuos con formación en Sociología (de 1º, 2º o 3º Ciclo y de universidades públicas y privadas) —cfr. tabla 1 y gráfico 1—. Los datos consultados permiten también entender que la mayoría de estos desempleados (84 por ciento del total) se encontraba buscando un nuevo empleo, señal de inestabilidad y precariedad laborales, y además que la mayoría (63 por ciento) se encontraba desempleada hace menos de un año. Esta última referencia puede sugerir una interpretación dudosa, ya que tanto puede significar alguna capacidad de absorción por parte del mercado de trabajo para diplomados, como indicar que los desempleados de larga duración simplemente salen del sistema oficial, ya sea porque emigran o porque dejan de buscar un empleo compatible con sus cualificaciones.

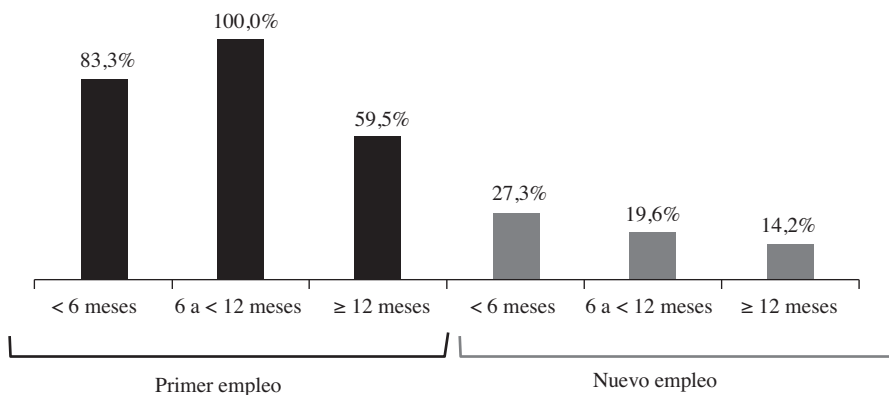
Evidentemente todos sabemos, y este hecho no es exclusivamente portugués, que no todos los recién diplomados se dan de alta en el IEFP, sobre todo aquellos que están buscando el primer empleo. Sin embargo, no sabemos cuál es la proporción de aquellos que este sistema no logra captar y reconocer en esa situación.

TABLA 1
DESEMPLEADOS CON LA CARRERA DE SOCIOLOGÍA, SITUACIÓN
DE BÚSQUEDA DE EMPLEO Y TIEMPO DE INSCRIPCIÓN:
TOTAL DE DESEMPLEADOS

Zona del país:	Total de desempleados						Total
	Primer empleo			Nuevo empleo			
Continente	< 6 meses	6 a < 12 meses	≥ 12 meses	< 6 meses	6 a < 12 meses	≥ 12 meses	
N.º de desempleados	36	23	42	227	107	190	625
Porcentaje que pertenece a las cohortes formadas entre 2008 y 2011	83,3%	100,0%	59,5%	27,3%	19,6%	14,2%	30,1%

Fuente: GPEAR/IEFP (junio 2011). Información mensual del Mercado de Empleo de Instituto de Empleo y Formación Profesional, I.P..
Nota: Fecha de referencia de los datos: junio de 2011

GRÁFICO 1
PORCENTAJE DE DESEMPLEADOS CON LA CARRERA DE SOCIOLOGÍA,
DIPLOMADOS EN LOS ÚLTIMOS CUATRO AÑOS (2008 A 2011), EN EL CONJUNTO
DE LOS INSCRITOS EN JUNIO DE 2011 (CONTINENTE)



Fuente: GPEAR/IEFP (junio 2011). Información mensual sobre el Mercado de Empleo del Instituto de Empleo y Formación Profesional, I.P. Cálculos efectuados por el autor.

Sin embargo, esta simple tabla 1 y su respectivo gráfico ponen en evidencia otro problema: el del arrastramiento de la situación de empleo para las viejas y nuevas cohortes de diplomados. Si no, veamos:

- El 30 por ciento de los desempleados finalizó la carrera hace 4 años o incluso más recientemente, lo que significa que el restante 70 por ciento ya se diplomó hace bastante más tiempo.
- Del total de desempleados buscando el primer empleo hace menos de 6 meses, el 83 por ciento terminó su formación muy recientemente; la totalidad de los que se encontraban buscando el primer empleo entre los 6 y los 12 meses se habían licenciado hace menos de un año; pero apenas el 59,5 por ciento de los que se encontraban buscando el primer empleo hace más de un año habían concluido su formación en los últimos 4 años. Significa que las dificultades se expresan con intensidad y se arrastran en el tiempo, un tiempo bastante largo.
- En ese mismo sentido podemos interpretar los valores referentes a la situación de la búsqueda de un nuevo empleo, pues aquellos que se encuentran en esa condición mayoritariamente terminaron su formación hace, por lo menos, 4 años.

En lo que concierne a la falta de empleo, es casi inevitable comparar lo que pasa en «nuestra casa» con lo que sucede en la «puerta de al lado». Procurando una lectura menos limitada temporalmente, recurrimos a la serie facilitada por el Ministerio de la Ciencia y Enseñanza Superior, ya extinguido, referente a la búsqueda de empleo de los diplomados en Sociología desde diciembre de 2007 (cfr. tabla 2 y gráfico 2), procurando aún analizarlos por comparación directa con el *área de las ciencias sociales y del comportamiento, en la cual la sociología se integra* (ver gráficos 3, 4 y 5).

Llamando la atención para el hecho de que el número de cursos contabilizados ha variado este cuatrienio, con una tendencia que corresponde a la disminución de la oferta formativa, hay que señalar, con la ayuda de la tabla 2 y la observación del gráfico 2, lo siguiente:

- De las diferentes situaciones tipificadas, parece ser que la búsqueda del primer empleo hace más de 12 meses es aquella que ha revelado una tendencia de subida más consistente (ver gráfico 2).
- La expresión sinuosa de las restantes situaciones de desempleo registrado se explica por la absorción cíclica que el mercado de empleo va consiguiendo hacer, aunque de una forma tímida, de las nuevas plazas anuales de diplomados en Sociología, aunque se desconozca, con base a estos mismos datos, si esa inserción en el mercado se hace con garantía de desempeño de papeles profesionales ajustados a la cualificación y área científica de los diplomados que consiguen un empleo. Otros datos, principalmente provenientes de los Observatorios de colocación de exalumnos, promovidos por las universidades, permiten entender que apenas una parte, minoritaria, de ese empleo ofrecido, hace viable, tarde o temprano, una carrera como sociólogo.

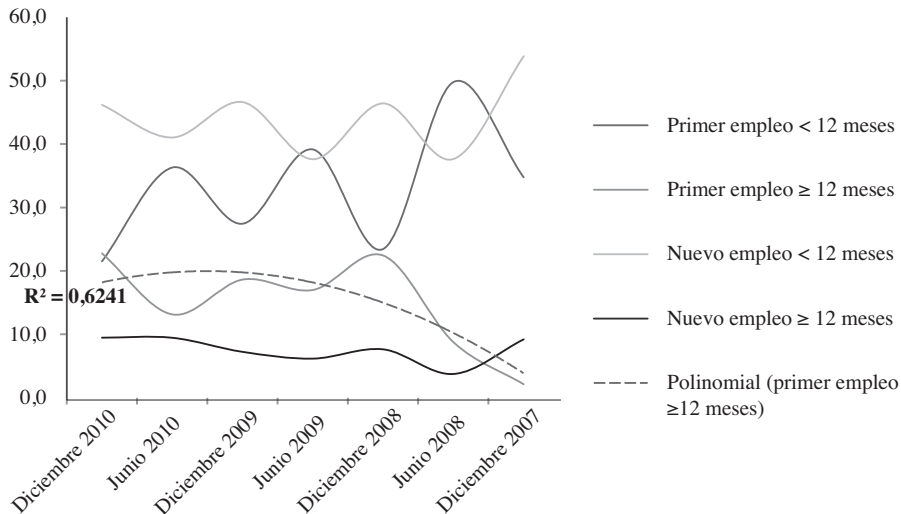
TABLA 2
 DESEMPLEADOS CON LA CARRERA DE SOCIOLOGÍA, SITUACIÓN DE BÚSQUEDA DE EMPLEO
 Y TEMPO DE INSCRIPCIÓN: TOTAL DE DESEMPLEADOS Y DESEMPLEADOS DIPLOMADOS
 EN LOS ÚLTIMOS TRES AÑOS LECTIVOS

Fechas de referencia	N.º de registros en la fecha de referencia				Total	ratio nuevo empleo/ 1 ^{er} empleo	índice resumen (Dic. 2010 = 100)
	Primer empleo		Nuevo empleo				
	< 12	≥ 12	> 12	≥ 12			
	meses	meses	meses	meses			
Diciembre 2010	34	36	73	15	158	126%	100
Junio 2010	69	25	78	18	190	102%	120
Diciembre 2009	53	36	90	14	193	117%	122
Junio 2009	76	33	73	12	194	78%	123
Diciembre 2008	46	44	91	15	196	118%	124
Junio 2008	119	21	90	9	239	71%	151
Diciembre 2007	162	10	251	43	466	171%	295

Fechas de referencia	Diplomados (últimos tres años)				Índice = total de desempleados/diplomados	nº de carreras contabilizadas
	Año 3	Año 2	Año 1	Total		
	Diciembre 2010	526	563	437		
Junio 2010	526	563	437	1.526	12%	n= 12
Diciembre 2009	435	647	510	1.592	7%	n= 15
Junio 2009	435	621	446	1.502	13%	n= 14
Diciembre 2008	404	452	380	1.236	16%	n= 10
Junio 2008	404	452	484	1.340	18%	n= 11
Diciembre 2007	435	502	548	1.485	31%	n= 18

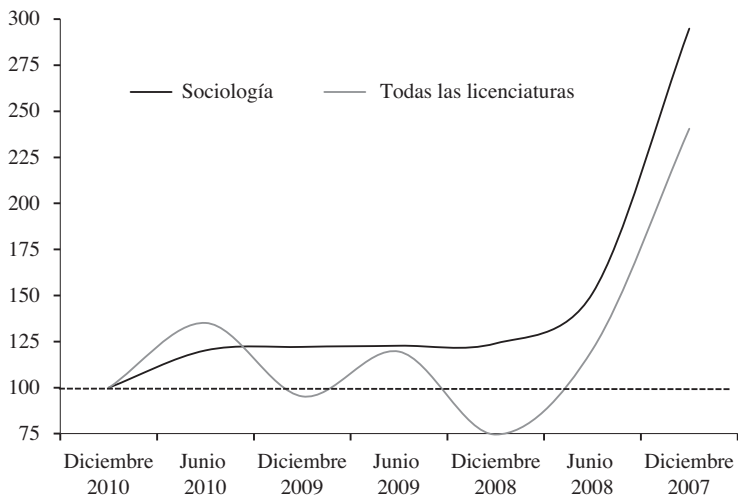
Fuente: MCTES/GPEARÍ (varios años). Búsqueda de Empleo de los Diplomados con Formación Superior. Cálculos efectuados por el autor.

GRÁFICO 2
EVOLUCIÓN DEL PORCENTAJE DE DESEMPLEADOS INSCRITOS, ENTRE DICIEMBRE DE 2007 Y DICIEMBRE DE 2010 (CONTINENTE), LICENCIADOS EN SOCIOLOGÍA, SEGÚN EL TIPO DE INSCRIPCIÓN Y EL TIEMPO DE DURACIÓN



Fuente: MCTES/GPEARl (varios años). Búsqueda de empleo de los diplomados con formación superior. Cálculos efectuados por el autor.
Nota: en cada periodo de referencia, el total de los valores es igual a 100%.

GRÁFICO 3
ÍNDICE 100 DEL DESEMPLEO DE LOS SOCIÓLOGOS Y DE LOS DEMÁS LICENCIADOS, ENTRE DICIEMBRE DE 2007 Y DICIEMBRE DE 2010 (CONTINENTE)



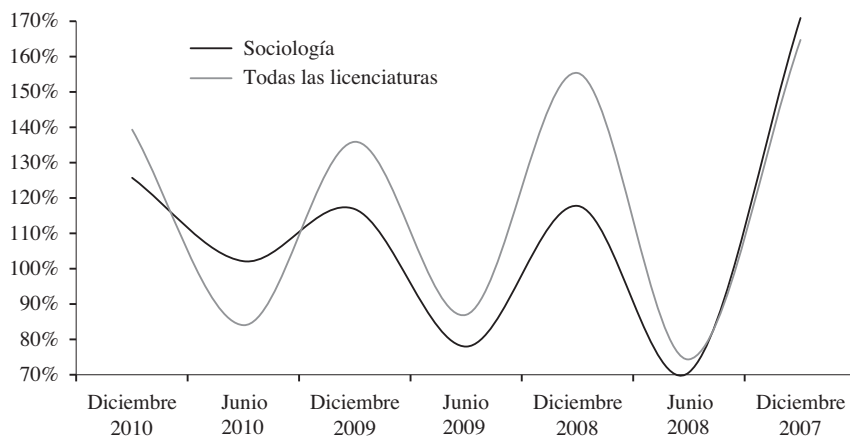
Fuente: MCTES/GPEARl (varios años). Búsqueda de empleo de los diplomados con formación superior. Cálculos efectuados por el autor.
Nota: Diciembre de 2010 = 100

De la observación de los gráficos 3 y 4 hay que señalar los siguientes aspectos:

- Aparentemente (ver gráfico 3), el índice de desempleo de los diplomados en Sociología ha mejorado en los últimos 4 años. Sin embargo, estos datos no revelan que muchos licenciados siguen sus estudios, realizando el 2º y 3º ciclo, posponiendo la «prueba del mercado», al mismo tiempo que el volumen de desempleados disminuye debido a la contratación de los efectivos de las *cohortes* de diplomados. Esta realidad también tiene que ver con otros diplomados de otras áreas de estudio, con pequeños matices.
- Por otro lado (cfr. gráfico 4), la *ratio* entre el volumen de desempleados buscando de nuevo empleo y la de desempleados buscando el primer empleo, incluso teniendo en cuenta las variaciones estacionales —como sería de esperar— acaba por tener casi siempre, en estos 4 años de análisis, valores superiores al 100 por ciento. Esto revela las dificultades en encontrar empleo estable y promueve una competencia (quizá directa) entre los desempleados nuevos y los repetidores. Las diferencias entre la sociología y las otras áreas de estudio son casi nulas y apenas sugieren que existe una elevada homología en la condición precaria de los diplomados en Portugal.

GRÁFICO 4

VALORES DE LA *RATIO* ENTRE DESEMPLEADOS BUSCANDO UN NUEVO EMPLEO Y DESEMPLEADOS BUSCANDO EL PRIMER EMPLEO, ENTRE DICIEMBRE DE 2007 < Y DICIEMBRE DE 2010 (CONTINENTE)

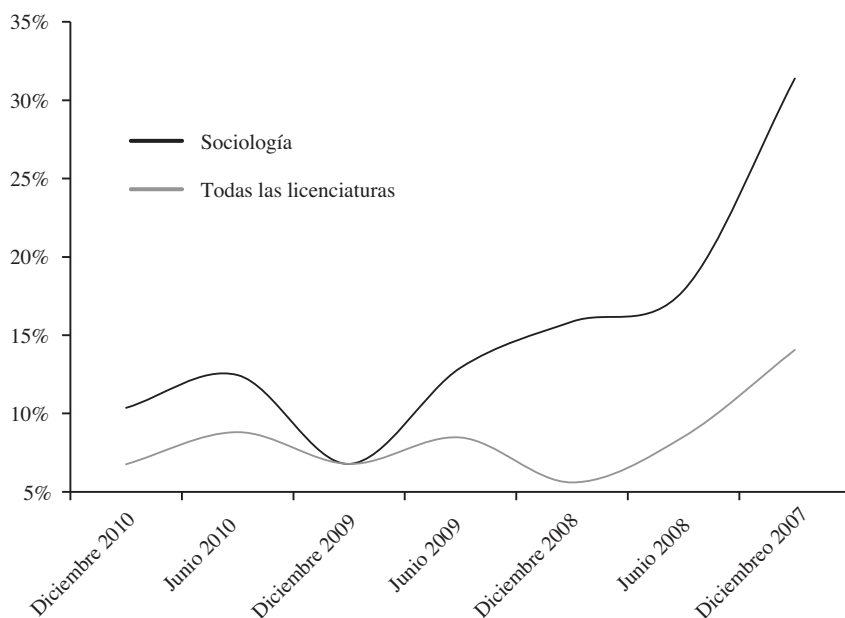


Fuente: MCTES/GPEARI (varios años). Búsqueda de empleo de los diplomados con formación superior. Cálculos efectuados por el autor.

De la observación del gráfico 5 cabe señalar lo siguiente:

- El índice de desempleo, tomado como un indicador generacional, muestra una tendencia decreciente que revela, sobre todo, la importancia progresiva de la continuación de los estudios superiores —en programas de 2º y 3º Ciclo, como ya hemos mencionado— y la probable aceptación de ofertas de empleo precario y, tal vez, lejos de las cualificaciones de los candidatos. A pesar de que estas circunstancias sean adversas, deberemos también pensar en la posibilidad de que pueda aparecer algún empleo dentro del área científica de la sociología.

GRÁFICO 5
ÍNDICE DE DESEMPLEO DE LOS SOCIÓLOGOS Y DE LOS DEMÁS LICENCIADOS,
ENTRE DICIEMBRE DE 2007 Y DICIEMBRE DE 2010 (CONTINENTE)

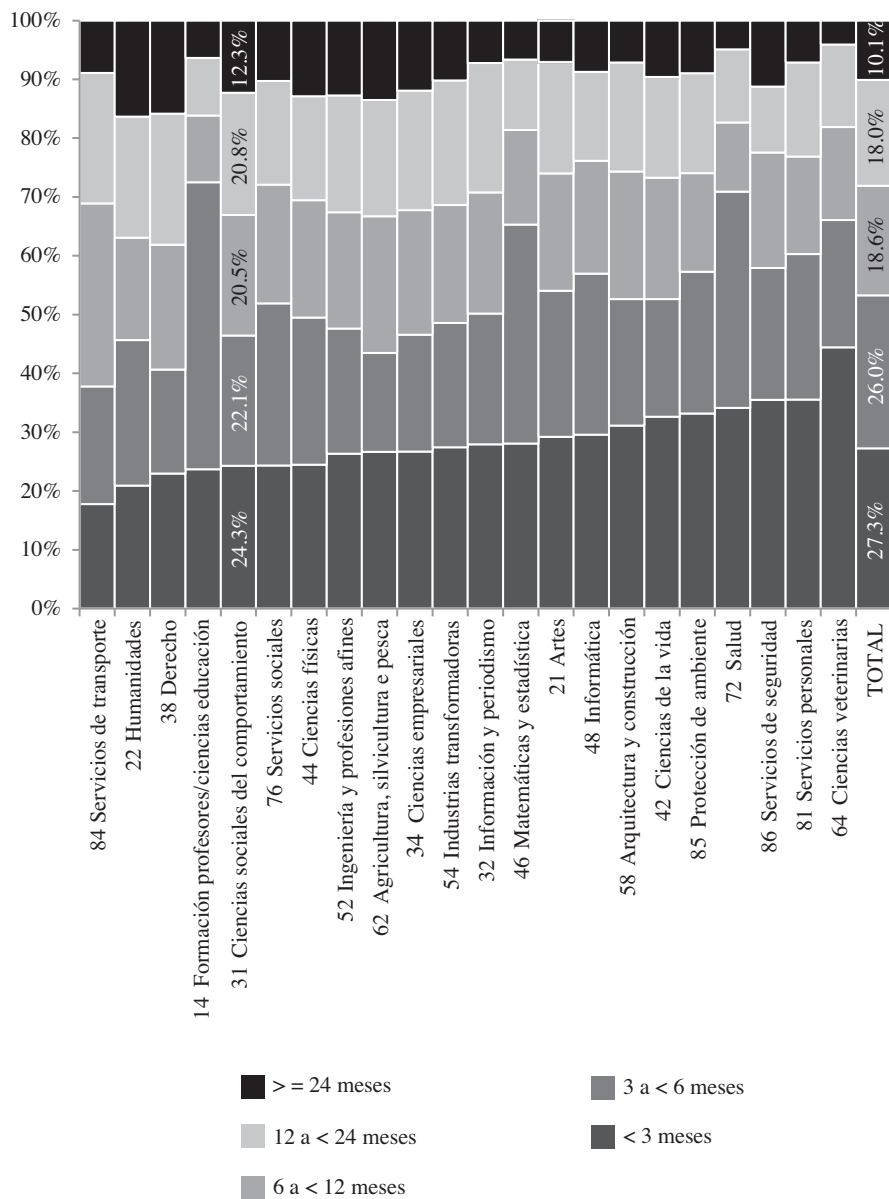


Fuente: MCTES/GPEARI (varios años). Búsqueda de empleo de los diplomados con formación superior. Cálculos efectuados por el autor.

Nota: el índice de desempleo se calcula a través del coeficiente de la relación entre el nº de registros en cada fecha de referencia y el número de diplomados en los últimos tres años. Diferente de una tasa (transversal) de desempleo, que en cada momento t se calcula a través del coeficiente de la relación entre el efectivo total de desempleados y la población potencialmente activa, este índice asume las características de un índice generacional, que se refiere más directamente a una cohorte de diplomados.

Por último, de la observación del gráfico 6, refiriéndonos a las diferencias entre áreas de estudio en relación con el tiempo de inscripción en el IIEFP, resulta la constatación de que las ciencias sociales y del comportamiento, en las cuales se incluye la sociología, están ligeramente más penalizadas en las categorías de desempleo de mayor duración temporal (ejemplo, más de 6 meses).

GRÁFICO 6
DESEMPLEADOS CON FORMACIÓN SUPERIOR POR ÁREAS DE ESTUDIO
Y TIEMPO DE INSCRIPCIÓN, DICIEMBRE DE 2010 (CONTINENTE)



Fuente: MCTES/GPEARl (2010). La búsqueda de empleo de los diplomados con formación superior.
Nota: las áreas de estudio se han ordenado por el valor de la categoría «< 3 meses».

Todo este acervo informativo, sobre todo en lo que respecta a la búsqueda de empleo de las *cohortes* más jóvenes de sociólogos, de los recién licenciados, vuelve inocultable el problema del empleo de estos jóvenes, que se define escaso, precario y en muchos casos tampoco converge con sus aspiraciones y capacidades. Si recordamos que la *ratio* del sexo masculino de estos jóvenes diplomados es muy baja (35 hombres por 100 mujeres en 2006; 38 en 2010), tendremos que añadir a esa tríada adversa un cuarto elemento, relativo a la propia asimetría de estatuto social de que las jóvenes licenciadas pueden ser víctimas, conduciéndolas a desempeñar tareas más descalificadas en la jerarquía de la valorización socioprofesional. Nuestra experiencia ha permitido encontrar, por ejemplo, en los centros de día, residencias de ancianos y en otras instituciones, diplomados en Sociología con contenidos funcionales muy por debajo de sus cualificaciones. También hemos verificado la misma situación en algunas empresas.

Aun siendo evidente que la cuestión de la empleabilidad de los sociólogos no se confunde con la problemática de la profesionalización, no podemos olvidar que sin la resolución de la primera, difícilmente podemos discutir la segunda. Sería un acto de gran cinismo intelectual y egoísmo generacional, considerar que la profesionalización de la sociología, en Portugal o en cualquier otro país, puede descuidar el hecho de que una parte, cuantitativamente muy relevante, de la comunidad de los diplomados en este área científica está separada de un ejercicio profesional ajustado. Aunque puedan tener un empleo, sabemos que la ocupación no es sinónimo de integración profesional y menos aún de integración social. Por consiguiente, pueden coexistir modalidades de ocupación y de exclusión, siendo estas realidades antitéticas de la profesionalización. Además, un proceso de profesionalización que contemple una distinción entre un ejercicio *amateur* de la sociología —aquél que muchos diplomados apenas podrán realizar en una lógica de ocupación del tiempo libre— y un ejercicio profesional es siempre un acto discriminatorio que añade criticidad a la crisis de oportunidades que estamos viviendo.

¿Qué es, o podrá ser, el proceso de profesionalización de la sociología, en particular en un contexto de fuerte adversidad en el mercado de empleo?

Hace mucho que sabemos que la inserción académica no es la única salida laboral pero no por ese motivo, la tensión entre lo ideal y la práctica profesional se ha reducido. Esto mismo se puede comprobar, cada vez más, con el regreso de muchos licenciados a la Universidad para proseguir sus estudios en el 2º y 3º ciclo de formación superior, en el sentido de que no debemos dejar de entender como de convivencia, para crear grupos definidos por afinidad de intereses.

Además, muchos diplomados en Sociología tienen hoy variadísimas prácticas profesionales, como sociólogos, en diversos contextos organizacionales, públicos y privados. Es justamente la diversidad de esas prácticas en el *terreno* lo que caracteriza el campo de acción del actor sociólogo en la sociedad contemporánea. Sin embargo, esta realidad, lejos de potenciar un proceso de profesionalización consciente y que identifique una profesión, genera atomización y disgregación en los sociólogos empleados fuera del mundo académico, y no favorece una conciencia de grupo, necesaria para reivindicar la exclusividad de ciertas tareas o para introducir ciertas regulaciones normativas que definan el perímetro del ejercicio

de la profesión de sociólogo, como lo hacen otros grupos profesionales, como los médicos, los ingenieros, los abogados, los enfermeros, los técnicos de cuentas, entre otros. Como nos alertó Bourdieu *et al.* (1968), la división técnica del trabajo y la organización social de la profesión del sociólogo determinan una mutación de los estatutos y en los papeles sociales de los sociólogos, y esa mutación, un tanto paradójicamente, crea dificultades para entender lo que puede ser nuestra profesionalización.

Así, si entendemos el proceso de profesionalización como la aparición, la consolidación y el desarrollo de un grupo profesional, en ese caso será tal vez aún prematuro hablar de la profesionalización de los sociólogos, o por lo menos de los sociólogos portugueses. Si así lo preferimos, podemos afirmar que ese proceso de profesionalización apenas se ha consolidado en los medios académicos, con la creación de carreras científicas en sociología y con el desarrollo de los procesos científico-institucionales que nos llevan a poder hablar de un autogobierno científico compartido (en concepto de consejos científicos y afines) entre iguales de la disciplina y entre iguales de otras áreas científicas, pero siempre circunscrito a la institución académica.

Este autogobierno ha tenido y tiene reflejos en la organización y el desarrollo académico de la sociología, pero influye poco en la dimensión profesionalizante de la sociología, fuera de los muros de la enseñanza superior y politécnica. Es decir, nunca se ha comprobado, hasta la fecha, el monopolio de un mercado de servicios profesionales y el cierre cultural de los sociólogos prácticos. En rigor no existe un grupo profesional dotado de cierre social (*social closure*), y sabemos que ese cierre es el primer objetivo de las profesiones. Como recuerda Gonçalves (2007/2008), citando a algunos de los autores más relevantes de la sociología de las profesiones, «la profesionalización no es más que una estrategia de cierre asentado en el credencialismo» (p. 183).

Por otro lado, la cuestión de la jurisdicción profesional de los sociólogos ha contaminado el debate sobre la profesionalización de la sociología en Portugal y de su institucionalización como refería Janowitz (1942). Aunque, históricamente, la cultura de la disociación entre la ciencia y la profesión (Firmino da Costa, 1998), que ha prevalecido hasta muy tarde entre nosotros, ha contribuido también mucho para que los sociólogos prácticos pareciesen unos parientes pobres en la familia sociológica. Y no estamos totalmente convencidos de que ese modelo cultural haya perdido tanta velocidad, por lo menos en Portugal, hasta el punto de que se deba sustituir por otro modelo, el de la asociación entre ciencia y profesión. Es verdad que el carácter translocal de la sociología contemporánea (Fortuna, 2007) favorece la idea de que la novedad, la innovación y la actualización del conocimiento sociológico están, sobre todo, del lado de quien establece relaciones con el exterior, a través de sus redes de conocimiento, y esos son, mayoritariamente, los que están trabajando en las universidades, como docentes e investigadores. Nuestra duda sobre la veracidad de esta idea más o menos generalizada, resulta del hecho de que desconocemos las redes de conocimientos de los sociólogos que no están en el mundo académico.

Algunos otros ejemplos de la historia de la sociología en este mundo, empezando por España, pasando por Brasil, Argentina, Chile, y otros muchos ejemplos que existen sobre el desarrollo de la sociología, y en particular de la sociología como profesión, destacan la estrecha relación entre el régimen democrático y sus instituciones y la consolidación de

la práctica sociológica. Siempre que se suspendió la democracia, o cuando esta aún no había surgido, la sociología entró en decadencia o no prosperaba. Este dato es muy importante porque nos permite entender el estatuto público que en muchos países se concedió al sociólogo: amordazado por los dictadores, fue acogido como intelectual de la libertad, denunciante de las asimetrías sociales impuestas por los dictámenes dictatoriales. Públicamente, la imagen del sociólogo ha estado, durante algunos años, muy reclusa a lo académico con un perfil intelectual generoso (con «ilimitada ambición de conocer mejor la sociedad» como refería João Ferreira de Almeida, 2005) que interviene en discusiones relevantes de nuestra vida colectiva. Creemos que este es también el espacio más favorablemente valorado por las jerarquías de la comunidad sociológica (Rubinich y Langieri, 2007), quizá por ser el menos controvertido. Como expresó Juan Pedro Blois (2009) para la realidad argentina posdictatorial, «La disciplina, lejos de ser concebida como un simple medio de vida, es entendida como una herramienta implicada en la promoción de cambios sociales y políticos, muy asociada a la militancia en pos de la promoción de cambios sociales. En esas condiciones, las visiones que afirman el potencial «profesional» de la disciplina para ofrecer sus servicios a una clientela variada, entran en tensión con las concepciones que la identifican con una vocación crítica, que deslegitima cualquier preocupación por el éxito laboral de sus practicantes al tiempo que reivindica la figura del sociólogo como «intelectual público» (p. 3).

Otra relación, quizá menos hablada pero de igual modo incisiva, tiene que ver con el desarrollo económico y social de una sociedad y el desarrollo de una sociología práctica, orientada hacia el conocimiento de los procesos sociales que dictan y viabilizan la transformación social deseada. Por este motivo, hay que reconocer que no será ilegítima la asociación entre las necesidades de conocimiento sobre la realidad social, necesidades suscitadas por una transformación progresiva de las estructuras sociales, y el propio desarrollo del pensamiento sociológico para responder a esas necesidades. De tal modo que con la llegada de la democracia, como fue el caso portugués, muchas instituciones no académicas abrieron sus puertas a la pericia sociológica, como recurso de cualificación de conocimiento científico de la realidad social. En Portugal existen variadísimos ejemplos en la Administración central y en el poder local, y también en las empresas (de consultoría, de análisis de mercado, de estudios de opinión, de formación y cualificación de recursos humanos) y en las organizaciones internacionales. Esta demanda de pericia sociológica alargó la diversidad de las prácticas profesionales y, como consecuencia, empezó a producirse una profunda redefinición del espacio de la llamada sociología práctica. En los cuatro polos que sustentan el desarrollo de la sociología portuguesa en las últimas décadas, Madureira Pinto (2007) no duda en considerar esta sociología práctica (profesionalización) como uno de esos polos, atribuyéndole un papel relevante en el proceso de retroalimentación teórica por medio de la experiencia práctica y de la relación con los llamados públicos legos.

Deberemos aún tomar en consideración que en Portugal, como probablemente ocurrirá en otros países, se ha verificado, en las dos últimas décadas, un protagonismo político creciente de políticos-sociólogos, tanto en el gobierno de la nación, como en diputados, altos dirigentes de la Administración pública y asesores en gabinetes ministeriales. Por muchos motivos, la experiencia de estos sociólogos es de gran valor para reflexionar sobre el alcance de la sociología en los procesos de transformación social por la vía de la gobernación. Es

cierto que una sociografía de la movilización de algunos sociólogos hacia dentro del grupo de poder o hacia sus proximidades no podrá dejar escapar una tendencia: esto se verifica con bastante más agudeza en los gobiernos de izquierda que en los gobiernos de derecha. Y no creemos que esto se deba a la escasez de sociólogos de derecha, sino al hecho de que un reformismo progresista, con preocupaciones sociales, constituye en sí mismo una representación social más ajustada al papel del sociólogo en la sociedad, que las propias lógicas de selección de personal acaban por reproducir.

Estas consideraciones nos llevan finalmente a interrogarnos sobre si podemos hablar de una cultura profesional de los sociólogos, como conjunto de valores, normas y representaciones sobre la sociología, en tanto que disciplina científica y actividad profesional de la que aquellos son portadores (Firmino da Costa, 1988). Durante algún tiempo, sobre todo en una fase bastante anterior, tal vez en los años setenta y la primera mitad de los años ochenta del siglo pasado, era quizá más evidente la existencia de una identidad social distintiva de los hombres y de las mujeres de la sociología, diríamos que un casi *ethos* subcultural, pero muy lejos de lo que podemos entender por cultura profesional. Hoy, la dilución de la identidad es, quizá, mayor pero no se ha visto acompañada de modalidades de acción expresamente constitutivas y alimentadoras de una cultura profesional distintiva de otros diplomados, principalmente entre las ciencias sociales.

Para esto sería necesario, entre otros requisitos y condiciones que no se encuentran reunidos, que existiese una jurisdicción propia de la sociología, que aliase un trabajo cultural específico a una estructura socioprofesional propia y vinculativa. Esto presupondría, aun, un sistema profesional cerrado, que se caracterizaría por formas de regulación profesional estatutaria y componente sancionador. Sucede que nada de eso existe, ni en Portugal, ni en la generalidad de los países, con una u otra excepción (como parece ser el caso de Argentina con su Consejo de Profesionales de Sociología).

La cuestión central consiste en saber si necesitamos desarrollar esa cultura profesional, con todo lo que eso significa, o si debemos apostar por la reafirmación pública de nuestra relevancia científica y técnica al servicio del conocimiento de la sociedad.

En Portugal, para mencionar nuestro ejemplo, la identidad grupal del sociólogo pasa por la afirmación de otros valores que no son estrictamente profesionales (en el sentido que le hemos atribuido en este texto). La APS, para empezar, se define como una asociación de interés público con el objetivo de:

- a) Promover el desarrollo de la sociología en Portugal y la creación de una comunidad sociológica nacional.
- b) Incentivar la investigación y dinamizar la comunicación y el debate científicos.
- c) Incentivar y divulgar el análisis sociológico de la realidad portuguesa.
- d) Promover la integración de los sociólogos portugueses en la comunidad sociológica internacional.
- e) Divulgar en las instituciones y en la opinión pública la naturaleza y las contribuciones de la sociología.
- f) Favorecer las relaciones con otras disciplinas y otras comunidades científicas y grupos socioprofesionales.

- g) Promover la actividad profesional de los sociólogos y garantizar el cumplimiento adecuado de su código deontológico (objetivos retirados de los Estatutos en vigor).

Hay que señalar los términos empleados en los Estatutos: la creación de una *comunidad sociológica* no se confunde con la creación de un grupo profesional cerrado. Por otro lado, se refiere a la promoción de la actividad profesional y se le asocia una deontología, que es esencialmente un código de ética científico. Finalmente, se favorece la integración internacional y la difusión del saber sociológico. Los Estatutos permiten, de igual modo, que otras personas, no necesariamente con formación académica sociológica, puedan integrarse como socios asociados de la APS, aunque no se les permitan los cargos de dirección de la Asociación.

Así, el recorrido efectuado desde 1985 hasta hoy por la APS no tiene nada o muy poco de profesionalizante y menos aún de confinamiento de los papeles socioprofesionales de sus miembros. Por el contrario, asistimos en las últimas décadas a un proceso marcado por la diversidad, versatilidad e inclusión. Incluso, la manera de impartir la asignatura de Sociología en la enseñanza secundaria, la reivindicación de la APS ha sido siempre (y se mantiene) la de acabar con una discriminación negativa, que da preferencia a historiadores, economistas o diplomados en Filosofía para impartir esa asignatura, y no a la exigencia de su exclusividad en impartirla.

Llegando aquí, creemos que están creadas las condiciones para dar una respuesta más sólida a la pregunta que hemos formulado anteriormente: *¿Qué es, o podrá ser, el proceso de profesionalización de la sociología, en particular en un contexto de fuerte adversidad en el mercado de empleo?*

- a) El polo histórico del desarrollo de la sociología nos lleva a creer que cualquier lógica de profesionalización ganará más adeptos si evita los confinamientos que los colegios, los sindicatos o incluso las asociaciones socioprofesionales siempre determinan. Cualquier direccionamiento en el sentido de una profesionalización regulada por estatuto profesional autónomo, exigiría una profunda alteración en la esfera de la formación de los sociólogos en el ámbito de la enseñanza superior y politécnica, con una clara opción profesionalizante que retiraría la capacidad adaptativa a los futuros diplomados, restringiendo, aún más, el espectro de su empleabilidad.
- b) En contexto de fuerte adversidad en el mercado de empleo, una sólida formación teórica debe convivir con la indispensable flexibilidad en la utilización de métodos, técnicas e instrumentos (saberes operatorios, cada vez más relacionados con la tecnología), revelando adaptación constructiva a diferentes alternativas de trabajo y desafíos. Esta orientación estratégica tampoco se compadece en dejarlo todo como está en el ámbito curricular, por el contrario, exige una conciliación pragmática entre los fundamentos de la ciencia sociológica y las prácticas más requeridas por el exterior. Pero entre la versatilidad de los procedimientos, sustentados en sólida formación teórica y en renovada imaginación sociológica, y el examen de disciplina de los Colegios Profesionales hay una diferencia abismal.
- c) La cultura de disociación entre ciencia y profesión ganará siendo sustituida por otra, de asociación *inter pares*, en la que el trabajo transdisciplinar se pueda realizar.

La profesionalización de la práctica sociológica fuera del ámbito académico se hace a través de la cooperación estratégica y funcional con otras áreas de conocimiento, en la cual la diferenciación es una plusvalía (tiene valor complementario) y no es un impedimento.

- d) Así, la profesionalización será una competencia para ejercer competentemente una actividad, dentro y fuera de la universidad, respetando los valores deontológicos existentes y con fuerte aprecio por la imaginación y por la excelencia.
- e) El propio impacto de nuestra intervención en los múltiples contextos en los que intervenimos dictará si esta sociología pública (Burawoy) algún día nos conducirá a nuestra propia profesionalización.

En nuestra agenda asociativa, nos parece que la prioridad deberá ser, al fin y al cabo, la de la consolidación y el refuerzo de un prestigio social, mirando en particular las nuevas generaciones de sociólogos y buscando para ellos nuevas oportunidades, más que las del camino de una profesión jurídicamente ordenada.